

## LOS MENDIGOS DE MADRID

---

Al paso que lleva la institución—que por lo visto es paso de buena caballería—el mejor día nos encontramos con todo los moradores de la heroica villa *ejerciendo* de mendigos apócrifos.

Porque ¡cuidado que no es poca numerosa la falanje!

Recuerdo que cuando llegué á Madrid, con *mi España* de cosmorama en la cabeza, sentí unos grandes deseos de echarme á llorar. Entonces tenía yo—aunque ustedes no lo crean—un gran corazón, un corazón de *oro sensible*. Pero me lo convirtieron en piedra berroqueña los amigos ingratos..... y los mendigos.

Apenas me estrechaba la mano cualquier sujeto me volvía yo loco de placer; y en cuanto alargaba la suya un haraposo la mía dudaba, siempre alerta, para entregarle la limosna.



—*Pobrecito*—exclamaba yo—este anciano pálido, cubierto de canas..... y de andrajos debe ser algún infeliz periodista venido á menos. Le daré una peseta.

Y luégo resultaba que ni aquel era anciano, ni periodista; ni aquellas canas legítimas; sino un legítimo peluquín adquirido por aquel *ilustre pillito*, con el cual peluquín se la pasaba engañando á la humanidad.

Y todos lo mismo. Esto no es *un descubrimiento*; lo sabemos; y no obstante esto prodigamos la limosna al oír aquellos lastimosos acentos que parten el alma:

—¡Señorito, una limosna..... para ayuda de un panecillo;..... para mi madre que está sin comer desde el año pasado;..... para mis hijos!.....

*Ah!* esto de los hijos es de la menesterosa comedia lo mejor y más acabado: lo *fin de siglo*.

Se encuentran, por ejemplo, en la calle de Alcalá y en crudísimas noches de invierno unos supuestos padres de familia llevando al hombro ó de la mano, un racimo de muchachos poco menos que en cueros; pero en cueros de tal modo que le entra á uno ganas de quitarse la capa y arroparlos. Aquellos padres, sollozando, con los ojos llenos de lágrimas, con la voz entrecortada piden *para sus hijos* desnudos. Y ¿qué hace usted?..... Claro, hombre, entrega lo que tiene.

Pero ya á mí *no me la dan*. Estoy en el *secreto*: sé que esos chicos son «alquilados» por dos reales y que las verdaderas madres, que son unos verdaderos monstruos á quienes les importa un comino que las infelices criaturas pillen una pulmonía, viven de tan ignominioso alquiler. Sé también que hay otras madres, menos malas: que los prestan para cuestiones de herencia; y *finalmente* sé de otras que los venden y de muchas que los roban.

Se compra un niño, *antes*, ó después de nacer, como se compra un ducado.

—Si la que va á nacer es hembra—dicen las medianeras del negocio—le damos á usted veinticinco pesetas.

—Venticinco pesetas!—exclama la futura madre vacilando.—Quiere usted darme treinta y tres?

—Bueno: treinta y tres; y si es varón cincuenticinco.

Cincuenticinco pesetas sobre poco más ó menos vale en Madrid un niño, que viene á ser el anzuelo para alcanzar la herencia de un marido rico sin hijos; del mismo modo que importaba quinientas pesetas, pongo por caso, un marquesado para darse pisto de aristócrata.

Esta última Agencia la descubrió el conde Xiquena y la denunció al Congreso. La Agencia de niños (venta y compra) nadie sabe

donde se refugia, á pesar de *las diligencias* de la autoridad.

Volviendo á los mendigos, dijérase que es el cuento de nunca acabar.

A unos que se mueren les encuentran, entre los colchones ó metidos en las fajas, puñados de billetes y de onzas—monedas que han desaparecido de España ha mucho tiempo.—Y otros se retiran á *su hotel*, que han construído á la chita callando, mientras ostentaban por esas calles unas piernas hinchadas como jamones americanos.

Sale usted distraído de un café, tarareando alguna aria *melancólica*, y de súbito se le encara un facineroso:

—Pero hombre ¿no ve usted que le estoy pidiendo una limosna?

—No lo había *oído*.

—Pues para otra vez entérese; y ahora déme usted *eso*.

—Eso es lo que no tengo. Dios le ampare —termina uno disponiéndose á seguir su camino.

Pero es lo suficiente para que le cojan del brazo bruscamente.

—¿No tiene usted? ¡Dice usted que no tiene y le acabo de ver por los cristales de ese café tomándose un chocolate!

—Bueno y qué! no me da la gana: no tengo.

—Lo que no tiene usted es vergüenza.

Y al que se descuide le pegan.

Vaya que si le pegan!

*Un manco* le dio una bofetada á un camarero de la cervecería porque éste no le dio los terrones de azúcar que había dejado de sobra un parroquiano.

Y á *un cojo* lo he visto yo correr detrás del coche de Sidi Brisha, cuando decían que este Embajador de Marruecos regalaba billetes de Banco á su séquito de *golfos*.

A casa llegó á pedir ropa usada un pobre señor que gastaba mujer, suegra, hijos y cuñadas casaderas; y todos nos apresuramos á darle pantalones, levitas, chalecos, etc.; toda una apreciable indumentaria. A poco vino la criada muy escandalizada.

—Pero han visto ustedes que *tío*? Acaba de empeñar la ropa ahí enfrente y ya está en el café convidando á unos amigos.

Cualquiera es caritativo presenciando estas cosas, y sobre todo siendo víctima de ellos, como le ocurrió á un sujeto muy conocido la noche que *reinauguraron* la Cibeles.

La gente se aglomeró como de costumbre alrededor de un hombre herido.

—¿Qué le pasa á usted?—preguntaban todos á una voz.—¿Quién le rompió á usted esa hilera de dientes; algún carlista; algún moro; algún cubano insurrecto? Avise usted si es un

---

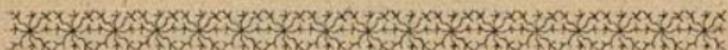
insurrecto para que lo fusilen en la Plaza de Oriente..... *y luego* lo lleven á presidio.

—No, señor, contesta el *interfecto*—como diría el señor Cánovas—el agresor no es un filibustero, *fue un ciego*, que me largó un garrotazo porque no quise darle una limosna.

Y semejante á ésta es la historia de casi todos los ciegos, sordos, mudos, cojos, mancos y demás individuos que pertenecen á la raza de mendigos de Madrid.

---





## INSTANTANEAS

### I

He leído en alguna parte, no sé dónde, que en mano del escritor más desenfadado é independiente tuvo la pluma á lo mejor caprichos, pudores y escrúpulos de mujer reservada y prudentísima; y harto he visto comprobada esta verdad al empezar el presente trabajo, cuyo título fue para mí en otras ocasiones de relativa garantía para mis menudencias de cronista.

En el libro *Al trote*, por ejemplo—y perdónese la inmodestia de la cita, indispensable en este caso—hablé con toda libertad al presentar á mis benévolos lectores las fisonomías humanas y literarias de Zola, Daudet, Goncourt, Anatole France, Catulle Mendés, Richepin, etc., etc.: la pluma respondió entonces fácilmente á mis ideas, porque la vida íntima de los literatos

franceses no es en París un secreto guardado bajo llave; así, rápidamente esbozados con sus virtudes y sus vicios, con todas sus grandezas y con sus pequeñeces todas, entraron esos nombres en las páginas del libro—teniendo yo absoluto y pleno convencimiento de que las informaciones íntimas nadie había de tomármelas en cuenta como pecado digno de castigo.

Observando más cerca y personalmente al mundo literario español intenté realizar una nueva tarea muy semejante á la anterior, y entre notas, rasgos y apuntes del momento, escribí los nombres de Echegaray, Tamyayo, Campoamor, Núñez de Arce, Balart, Pérez Galdós, Pardo Bazán, Picón y algunos más que se destacan como principales figuras en la intelectual vida madrileña. Pero después de muchas dudas y comprendiendo que al fin y á la postre me ofrecía entre sus bondades algunas asperezas la labor, decidí en cambio darme otra satisfacción de índole parecida: la de hacer unas fotografías instantáneas de los periodistas; y como esto, además de la satisfacción ya dicha, me proporcionaba ocasión de unir mi humilde nombre de periodista americano al de los ilustres compañeros de la querida Madre Patria, no he vacilado en llevar á cabo mi propósito y comienzo hoy esta no tan difícil cuanto peligrosa clase de trabajo.

Las semblanzas serán breves como lo exige

«el género»: algo así como una condensación de juicios al correr de la pluma; todo sintético, pero espontáneo; todo sincero, mas sin frases aparatosas; ni calificativos exagerados, ni lisonjas desmedidas.

Por de pronto voy á presentar á ustedes un sujeto muy original: al señor D. Augusto Suárez de Figueroa, director del *Heraldo de Madrid*.

Por la traza, es decir, por la distinción que refleja toda su persona; por lo bien portado y por los ribetes de *dandy* que tiene la figura, se adivina al hombre de mundo; pero no al hombre de mundo vulgar, sino



al que reúne el donaire de galanteador empedernido con la viveza y el ingenio propios de un talento claro y despejado.

Lo que fue en su juventud lo presume cualquiera; pero como la misión mía no es precisamente la de averiguar sus lances y aventuras, entro resueltamente en otro orden de ideas, para decir de una vez á mis lectores que Figueroa *está*..... ¿lo diré? ¡Vaya, ahí va, aunque me titulen cursi por lo viejo y repetido de la frase!: Figueroa *está* reconocido como el primero entre los primeros periodistas españoles; y hoy por hoy nadie se dispone á disputarle ese puesto.

En los comienzos de su carrera, en aquellos días de esplendor para la política, según los que vivieron la vida de las grandes luchas de la Revolución, Figueroa era el periodista «obligado,» el periodista solicitado por todas las empresas.

Cuando pertenecía á la redacción de *El Imparcial* cuentan que sus demás compañeros se quejaron al Director porque la holgazanería de Figueroa estaba pasándose de la cuenta y entraba al periódico cuando le venía en gana sin cuidarse de si tenía ó no que hacer. La queja era justificadísima; pero el Director que sabía lo que se traía entre las manos, escribió tranquilamente á los acusadores y contestó luego: «Yo no le pago á Figueroa para que

escriba; le pago para que no escriba en otros periódicos.....» A lo mejor desaparecía, no sólo de la redacción, sino de Madrid y entonces eran los afanes de la Empresa: andaba aquella gente desalada y bebiéndose los vientos porque aquel ilustre «desertor» con todas sus informalidades era verdaderamente insustituible.

«Insustituible»:—me resulta muy oportuna la palabra.

Ducho en todos los manejos y habilidades de la política; formado maravillosamente en ese mundo de agitaciones; activo, resuelto, acreditado por su inteligencia, armado por sus victorias, dueño hasta de las prácticas más insignificantes del periodismo, Figueroa triunfa de las mayores dificultades con ventaja. Representa en España la prensa moderna; la prensa de iniciativas; la prensa verdaderamente artística si se quiere. Es fecundo y en las dotes de sagacidad y de constancia á temporadas, rebasa los límites de lo increíble. Todavía se recuerda como cosa curiosa y admirable, un número íntegro de *El Resumen* que se hizo él solo de la cruz á la fecha, ó lo que es lo mismo desde el artículo de fondo hasta el último suelto de noticias y como para echarle en cára su pereza á los redactores que se fueron *de Verbena* todo el día. En aquella originalísima edición terminaba preguntando por la redacción del periódico abandonado y suplicando

en una especie de anuncio final que le dieran razón de los *desaparecidos* caballeros.

Aunque en punto á *desapariciones* ya están ustedes enterados de cómo las gasta Figueroa. Un día que andaba en coche para no sé qué asuntos del periódico, alcanzó á ver una mujer muy hermosa, que también iba en carruaje, en dirección contraria: dio orden al cochero que siguiera al otro vehículo y andando, andando llegaron á una estación de ferrocarril: la dama tomó un billete; él otro, y de tren á tren y de ciudad en ciudad fué hasta Roma—según me informó familiar y reservadamente uno del gremio.... (pero como yo soy tan indiscreto, por más que quise callarlo, ya ven ustedes: *se me fué* la pluma y la he soltado).....

Al regreso de Italia empezó á trabajar con verdadero furor, supliendo con su prodigiosa actividad el tiempo perdido, sin dar reposo al cuerpo ni expansiones al espíritu.

Sobre todo ahora, como Director del *Heraldo*, cosa que ha tomado muy en serio, huye de todos los sitios públicos: no se le ve en los casinos ni en los teatros ni en los cafés. En comenzando él la tarea no hay quien lo separe de la mesa de trabajo: tinta, pluma, cuartillas, una caja de puros, café..... y ya está aviado el hombre para pasarse días y noches enteras abstraído en sus quehaceres.

Se me olvidaba consignar que Figueroa ha

tenido algunos duelos por cuestiones puramente periodísticas; pero en ellos ha demostrado siempre tanta firmeza, tan varonil idea del honor y tanta habilidad en el manejo de las armas, que su reputación de valeroso no le ha perjudicado en España, como acontece con los matones de oficio.

En resumen y para dar una idea perfecta de las «genialidades» de Suárez Figueroa, basta decir que después de acabar el primer tomo de la *Historia de Rusia*, maravilla de erudición y estilo—á juicio de los inteligentes—se echó á dormir sobre los laureles y todavía están esperando los españoles el segundo volumen.

## II

Aragonés, soltero con muy poca gana de casarse, bohemio de buena ley, redactor de *El Liberal*, poeta ingenioso, cronista eminente, si los hubo, famoso revistero de toros—A pesar de Galdós—literato de una sola vez, como suele decirse y afortunado autor de varios libros “amenísimos.”.....

Son los informes que puedo dar de Mariano de Cavia porque nuestra amistad jamás dio lugar á inquisiciones de usos y costumbres ni



á sutilizar temperamentos. Distanciados por la casualidad ó por los distintos gustos y aficiones nos vemos de raro en raro en un estreno ó en los toros y apenas si he descubierto en punto á intimidades que «este hombre» se acuesta al amanecer y hay que repicarle campanas y dispararle cañonazos á la cabecera de la cama para que se despierte.

Por lo *demás* creo que no ofrece su vida muchos ni muy variados lances, cosa que me contraría, valga la verdad, porque no estoy dispuesto á *descubrirlo* como escritor de alto juicio y gran renombre, de bizarro estilo

y clásica dicción.... Eso lo sabe todo el mundo. Que tiene originalidad, carácter, fisonomía propia; que en todos sus trabajos se revela el literato de inteligencia superior, seguro de su fuerza; que en Madrid es el cronista de más bulto; y que en este género ocupa "la cumbre" por derecho propio, ó lo que es lo mismo, por su agudísimo talento, por su criterio perspicaz y por haber heredado el cetro de la crítica que empuñó *Figaro*.... ¿qué menos podría decirse?

Cavia es el único—no hallo otro en toda la moderna literatura española—que resiste el paralelo con Larra, como Larra fue también el único que no estuvo expuesto á confundirse con los escritores de su época. Y el paralelo no es exagerado, como el de P. Blanco, que no encontrando con quien comparar á Cavia lo llamó el Voltaire español.

El P. Blanco era andaluz y si no lo era, lo parecía.

Mariano de Cavia es, además de ilustrado y culto, el festivo autor de *Piton á Piton* cuya paternidad legó por entero á *Sobaquillo*: él no quiere que *Sobaquillo* y Cavia sean una misma persona; pero la gente ha dado en leer á través del pseudónimo su firma y tendrá que conformarse á su pesar.

Lo más saliente de su vida periodística es, ó fue, un famosísimo artículo *reporteril* sobre el supuesto incendio del museo de pinturas.

Como lo describiera con todos sus tristes pormenores, el público no paró mientes en la nota final y aturdido por el espantoso relato se dirigió al sitio del siniestro, donde encontröse perplejo y "burlado" ante un edificio intacto y sin la menor señal de desastre ó cosa parecida.

Y no sé más respecto de este celebrado periodista, correcto amigo, fino compañero, joven, nervioso, trasnochador empedernido y autor de *Salpicón y Azotes y Galeras*, por más señas.

### III

Cuando los hombres se han elevado mucho por su talento—advierde un eximio publicista—su vida es faro que palidece al alejarse.

Algo semejante ocurre con Fernández Flores: fue fecundo, muy fecundo y como era naturalmente el periodismo su campo de acción, adquirió gran popularidad sin que ella le perjudicara en sus futuras producciones, como resulta con otros que en su afán de halagar al público caen en vulgaridades funestas.

Fernández Flores ó *Fernanflor*, vive hoy de su pasado. Era como Anatole France un cronista exquisito y como Catulle Mendés un cuentista adorable; del primero tenía toda la ingenuidad: sencillo y retozón á veces y en

ocasiones delicadamente epigramático. Siempre frescos, juveniles y risueños sus cuentos pueden citarse como modelos. Sobre todos ellos *Periquín*, digno de figurar entre los mejores de la literatura francesa. De este cuento, dijo Bonafoux que *Clarín* había formado juntamente con las piltrafas del Carlos de *Madame Bovary* el Zurita de *La Regenta*.

Lejos ya del mundo literario vive *Fernánflor* tan ricamente, reclinado entre un mundo de gloria y otro de dinero, dos cosas que



unidas constituyen el verdadero ideal.... Siete mil duros de renta, notoriedad, salud á toda prueba, consideraciones, etc; es como ustedes comprenderán la vida regalada; la vida excepcional de un literato en España. Así comprendo yo *la inspiración*, los alumbramientos felices del ingenio, y las ideas espléndidas con ropaje lujoso; porque á mí que no me engañen..... Con la cartera repleta de billetes se siente un periodista capaz de llevar á cabo grandes proezas literarias; mas ponerse en prensa la cabeza á diario para ganarse el sustento es cosa dura, aunque aseguren que después del trabajo abrumador se va á ganar el cielo.... ¡ El cielo! como dijo el poeta:

*y si luégo resulta que no hay cielo?*

#### IV

Preguntan ustedes por Antonio Palomero y nadie les da indicios del sujeto; pero hablando de *Gil Parado* y todo el público que lo lee dará de él los mejores informes.

Es un pseudónimo que la gente pronuncia como un apellido.

Palomero ó Gil Parrado, ó como ustedes quieran llamarle es popular por sus versos; y po-

pularísimo por su original indumentaria, es decir, por la chistera, el garrote y el abrigo. ¿Quién no conoce en la Cervecería Suiza ó en Fornos el célebre abrigo de Palomero?..... Despojar á ese chico de aquel abrigo de mangas anchas, como alas de murciélago, es despojarlo de su *personalidad física*, porque como personalidad literaria descuella, á no dudar, entre esa juventud que bulle en la coronada villa.

En *El País* ha creado una sección nueva; una sección en verso fácil y amablemente jocoso, donde se relata el suceso del día con tal naturalidad y con frases tan regocijantes que muchos compran el papel para enterarse de *La comedia humana*, bajo cuyo título escribe. La musa retozona de Palomero campa allí por sus respetos; y como el director del brioso periódico republicano *lo deja hacer*, el muchacho se despacha á su gusto: hoy zarandea á un personaje del Gobierno; mañana pone como digan dueñas á un jefe de partido, y siempre tiene á mano un chiste ó un equívoco para aplicarlo bien y oportunamente á sus producciones. Esgrimiendo la sátira ha ganado el puesto que ocupa en la prensa; y moviendo la pluma en otros géneros, como en el teatro por ejemplo, va adquiriendo un nombre que ya lo quisieran muchos para regodearse con él.

Y dígase de una vez: Antonio Palomero es escritor á todas horas, escritor de cuerpo en-



tero, á pesar de su liliputiense altura: lo mismo traduce un drama, que arrgla un juguete y produce un buen artículo. Pero el campo de su actividad es el verso, ó en otros términos, la poesía amena en sus más hermosas manifestaciones.

Es joven, delgado, pálido, (pero no romántico); amigo de todas las mujeres que encuentra á su paso é implacable aficionado á la vida de bastidores.

Para él no hay más que tres cosas que merezcan su presencia en el mundo: *El País* de Lerroux, el café de Fornos y las

mujeres de Madrid, á pesar de las desazones que éstas le cuestan.....

Y cuenta que no se las merece !

## V

Pero Dios mío ¿cuándo provocará un conflicto, siquiera sea de barrenderos esta *Correspondencia de España*?—decía yo una noche leyéndome todo el periódico en medio de un trago de café y una bocanada de humo.

—Nunca se armará ese complot que usted desea—respondió uno de los contertulios—«nunca», mientras figure en ella como Director don Andrés Mellado.

Y dijo bien quien tal dijo. Don Andrés Mellado es un hombre impasible, atrocemente impasible para todas sus cosas. En su historia pública no hay un rasgo, según sus íntimos, que pueda presentarse como resumen de un temperamento digno de análisis. Ha sido redactor de varios periódicos importantes; republicano pacífico primero, y luego monárquico más pacífico aún que en sus buenos tiempos de republicano; como alcalde de Madrid no hizo nada notable; y hoy, además de director de *La Correspondencia*, es diputado *perpetuo* por un pueblo de Andalucía y *eterno* indicado del Gobierno para una

cartera en la *próxima* evolución ministerial. Las tales evoluciones se suceden unas tras otras á menudo, á veces semanalmente, pero la cartera de Mellado no llega; y menos ahora que el señor Sagasta ha dejado el tapete para que talle otro.

A bien que don Andrés es hombre que se echa todo á la espalda y continúa imperturbable, subiéndolo y bajándolo majestuosamente las escaleras de la redacción; otra de sus buenas cualidades: no enfadarse nunca. Nunca se le oyó levantar una voz más alta que otra. Para todo el mundo tiene una sonrisa, una inclinación de cabeza, y un efusivo apretón de manos.



—Don Andrés, un cuento para los domingos de *La Correspondencia*..... Una novelita para el número ilustrado..... Unos versos *interesantísimos* para «el santo del Rey».....

Todo le parece muy bien; todo conforme y todo se publica; y *La Corres*..... como gritan los muchachos del pregón, sin alterarse; con su público siempre, con sus anuncios fijos y con sus artículos de fondo reposados, tan reposados que no tendrían que envidiarle sus ternezas á los del *Diario de Avisos* de Caracas. No recuerdo haber presenciado, desde que estoy en España, un caso de sensación traído por aquel periódico madrileño. Los días pasan y pasan los meses y los años continúan sus accidentadas carreras; y vienen las guerras de Melilla, de Filipinas y de Cuba; y surgen complicaciones diplomáticas y saltan los liberales del poder y entran los conservadores y *La Correspondencia* y Mellado á través del desbarajuste marchando impávido, de bracete, por un solo camino: él y ella han resuelto el difícil problema de *la tranquilidad* en el pueblo más susceptible del mundo.

Esto no obstante, hay que convenir en que don Andrés Mellado es un periodista á quien se debe mirar con respeto por su carácter, por su rectitud, por su buen sentido, por su claro entendimiento, por su probidad indiscutible é indiscutida y por sus excepcionales dotes de director. Había de ir á la dirección de ese paci-

fico periódico de la noche cualquiera de sus redactores y como no llevara al puésto otra cosa que su pluma, sofocado se vería de fijo para cumplir eficazmente con su público habitual. No se llega así como se quiera á la cumbre, á lo más alto, á donde está siempre firme el señor Mellado; pero siempre esperando que el coche del Presidente del Consejo se páre á las puértas de la redacción..... conduciendo su soñada credencial de Ministro de la Corona.

## VI

Tengo el honor de presentar á ustedes la figura literaria de más bulto que hay en *El Imparcial* de Madrid: el señor D. José Ortega Munilla.

Creo que nació en Cuba aunque él jura que nació en la Península; pero de la Habana ó de Madrid, de *Guanabacoa* ó de Logroño, Ortega es una personalidad de gran relieve en la literatura española y no importa su procedencia para el objeto que me propongo; y claro, me propongo no regatearle los elogios: todos los que pueda hacer de él me parecerán pálidos.

(Así como suena, para que ustedes no se llamen á engaño.)

Por de pronto quiero consignar que no le conozco ni siquiera de vista; sin embargo tiene



derecho á toda mi gratitud.... porque el primer artículo mío que se publicó en España apareció en los *Lunes de El Imparcial* y fue á manos del señor Ortega, sin cartitas de recomendación que lo predispusiesen á la benevolencia, ni súplicas que lo llevasen de mala gana, á dispensarme la honra de figurar al lado de los hombres de más subido mérito en las letras castellanas. Hace más de un año que colaboro en esa importante publicación madrileña y aún no sé si el director es blanco ó moreno, si gasta amabilidades con sus redactores ó si resulta un ogro por sus esquiveces. De referencias sé muchas cosas; sé que no contesta cartas, que todas se le pierden y todo se le olvida; que no tiene hora fija para entrar ni para salir; que á lo mejor emprende un viaje á Córdova y se atrinchera «en su hotel;» y que luégo desaparece y escribe desde Málaga ó aparece de pronto sin avisar.

Encontrar á Ortega Munilla es más difícil que hablar con un Ministro. Yo he desistido de buscarlo; y espero conocerlo cuando la casualidad me otorgue esta satisfacción. La satisfacción no obstante la he aprovechado leyéndole «con fruición,» con entusiasmo, con verdadero cariño, porque me seduce, me avasalla su estilo rico y flamante á todas horas. Del estilo depende á menudo el éxito de las obras; «el estilo—ha dicho alguien—conquista al lector ó por

el contrario determina entre él y el que escribe una corriente antipática que sólo puede dominarse después de un fatigoso esfuerzo de la voluntad.» El estilo agrio y seco del zizañero Clarín, pongo por caso, repele; el estilo «áureo» de Ortega subyuga; encanta por su gentileza y cautiva por su frescura y por su juventud.

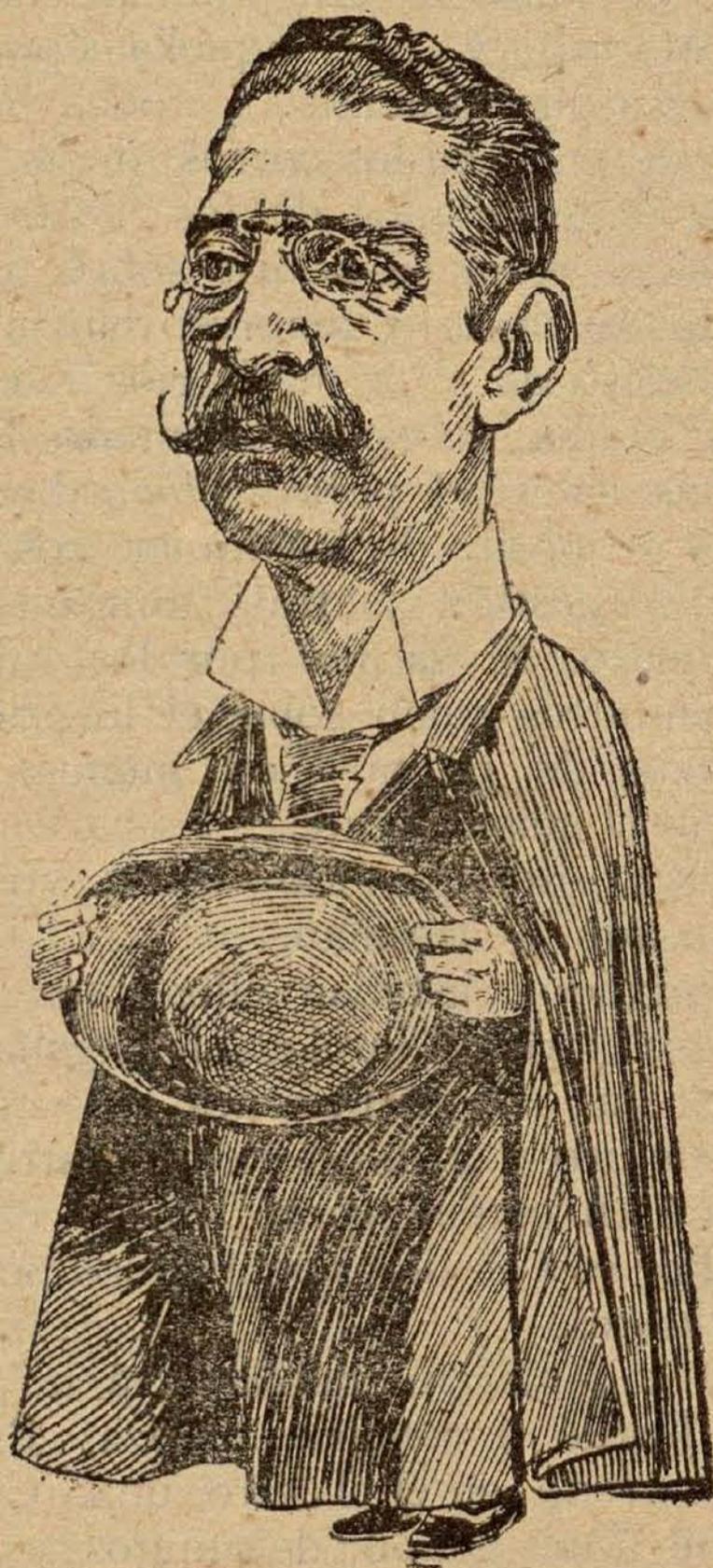
Ortega Munilla es un artista en la más amplia acepción de la palabra, un artista que posee el espíritu luminoso y la fantasía espléndida. De su pluma brotan las imágenes llenas de vigor; las ideas envueltas, ceñidas en flexibles y lujosísimos ropajes que dejan adivinar formas soberbias y las frases todas que vibran en sus brillantes oraciones tienen castizas bizarrías, gallardas y aristocráticas posturas. Hasta las cosas más vulgares adquieren originalidad arrolladas en esa prosa selecta, elástica y sonora que se gasta en sus trabajos. Mas no quiere esto decir que sea un retórico implacable á cuatro vientos, no; él sabe que el éxito no consiste sólo en la forma y por eso al lado de su amor á la frase está su amor á la idea; los dos amores marchan unidos en todos sus escritos; pero bajo los resplandores del lenguaje del poeta el espíritu del pensador se mueve gloriosamente, dominando el sonido magnético y la deslumbradora luz que le rodean.

Con esto creo que dejó dicho clara y sencillamente que el director de los *Lunes de El*

*Imparcial* es un literato brillantísimo; no un lírico con ribetes de instrumentista. El único defecto, que por encontrarle alguno, encuentro en Ortega Munilla es su largo y extraño silencio. Desde que dio el primer paso en el camino de la holgazanería (hace cosa de dos ó tres años) nada hace que merezca cita especial; diríase que su regalada vida de director le quitó los bríos de literato y de cronista á la moderna, chispeante y delicioso como el mejor y más inimitable de los *causeurs* de buena ley. Para juzgarlo, ó más bien para encomiarlo, en este sentido me falta espacio; tengo que sujetarme al patrón de un plan trazado, á la tiranía de un título que tuve la desgracia de escoger con harta ligereza para esbozar algunos periodistas de Madrid, entre los cuales hay muchos, como el señor Ortega, de quien debía yo hablar largo y tendido; pero crea él que á falta de cosa mejor va unida en esta «Instantánea» juntamente con mi admiración de discípulo mi respeto de compañerismo que tiene vistas á la gratitud.

## VII

El ruido que hace Matías Padilla, parapetado tras el balandrán del *Abate Pirracas*, bien ó mal hecho, ya se lo envidian más de cuatro.



Crítico del *Heraldo* era Padilla cuando yo llegué á Madrid; y por aquella época se le discutía encarnizadamente, á todas horas, en las mesas de café, en los corros de la calle de Sevilla, en los vestíbulos de los Teatros y entre bastidores: entre bastidores sobre todo. Lo que allí decían tiples y tenores, damas y galanes, características y "meritorios" estropeados por su pluma, no es para contado. De aquellas lenguas salía el pobre *Abate* hecho una miseria. A propósito de cualquier cosa, de la más simple cuestión teatral, aunque no viniera á cuento, se sacaba por los cabellos al crítico y entonces caían sobre él los denuestos como chuzos de punta. Con menos habríase atemorizado el más valiente.

—*Pirracas* está perdido—decía yo—el día menos pensado lo asesinan.

—Cá! perdidos estaban ellos, los cómicos malos. Aquel crítico implacable seguía pegando fuerte, sin consideraciones ni distingos; poniendo de oro y azul á todos los artistas que no cumplen en escena como Dios y el público mandan. Por eso se desahogaban los pobrecitos entre bastidores.

Tanto y tan mal me hablaron á mí de Padilla que llegué á tomarle ojeriza. Pero una noche de estreno en el Teatro de la Comedia, me acerqué á un grupo de amigos y allí fui presentado *al Abate*, como suelen llamarlo sus

íntimos. Desde aquel instante se trocó mi reserva en franca simpatía, porque pese á quien pese, Padilla es uno de los periodistas más caballerosos que he tratado. Dijérase que aquel hombre tan amable, tan atento y tan exquisito en sus demostraciones de compañerismo, no es el autor de esos escritos enérgicos que se confunden, á veces, con la brusquedad y le concitan desazones á menudo.

Aún no he podido explicarme esta antítesis. Unos afirman que en su estilo de impetuosidades momentáneas refleja Padilla su carácter personal; y otros creen lo contrario: creen que abusa de la frase impaciente para singularizarse, ó mejor, para no parecerse á los rutinarios en punto á críticas de Teatro. Mas, agresivo ó justiciero tengo la absoluta seguridad de sus convicciones: el espíritu caballeresco vive en él á todas horas; á todas horas está dispuesto á responder con bizarría de los actos del escritor. Y esto—valga la verdad—me seduce, como seducen todas las naturalezas irrefrenables, si las hay. Hombres de tal carácter son y serán, *siempre*, en el periodismo, preferibles á esos hipócritas que van á las tertulias del café á buscar amigos que los ayuden á odiar, á justificar atropellos de honras y á destruir reputaciones, (*á sotto voce*), porque no se sienten con bastante valor para confesar públicamente á la víctima odiada sus rencores.

Que el crítico de *La Correspondencia* no gasta un cerebro sobrio (?) y bien disciplinado; que maneja el idioma con demasiada prisa como si temiese que se le escaparan las ideas . . . ¿qué importa? ¿Qué importa todo eso, si en medio de sus desatinos, que son pocos, dice las verdades en párrafos substanciosos, sin vaguedades ni vacilaciones? Por otra parte en sus argumentos se ve la solidez del convencido; tiene la noción del arte, absoluta y excelente el amor por la justicia. Puede ser exagerado en ocasiones, intransigente nunca.

Otros críticos serán *más plumarios*—como decía un paisano del mismo Padilla—pero ninguno más franco ni más leal.

Yo confieso que lo leo siempre con gusto *á pesar* de las perrerías que de él hablan sus malquerientes colegas.

## VIII

(En la redacción de *El Liberal*.)

—El señor Don Miguel Moya?

—No está: venga usted á las once de la noche.

(A las once.)

—¿El señor *de* Moya?

—No ha venido: vuelva usted mañana.



(Al día siguiente, pero con muy malos modales, la misma pregunta; aviso del Empleado al señor Director y contestación de este:) “Que espere cinco minutos.”

Esperar cinco minutos en una redacción madrileña es como esperar el tranvía en una estación de Caracas. Cinco, diez, quince, veinte minutos; un repiqueteo de timbre, un señor que entra, otro que sale, hasta que al fin suena otro timbre, se le crispan á uno los nervios y se sale de allí con un humor de mil demonios. Por eso yo rompí *las únicas* cartas de presentación que traía á Madrid y para mi sayo, “gorro y capote” mandé á paseo al señor Director de *El Liberal* y lo declaré además periodista *sin táctica* y persona sin ribetes de educación.

Desde aquel día tuvo derecho el señor Moya á todos mis resentimientos.

Andando el tiempo, un día en el salón de conferencias del Ateneo me dijo Salvador Rueda.

—Allí está Miguel Moya. ¿Lo conoce usted?

—No: ni quiero . . .

Cuestión de carácter. Mi brazo no se dio á torcer. Después—valga la verdad—lo deploré bastante, porque me informaron que el señor Moya es un cumplido caballero, muy amable y muy atento; modesto, recogido y trabajador, industrioso y perseverante hasta hacerse digno á los más abiertos elogios. Elogios que no quiero regatearle teniendo ahora montado este pe-

queño observatorio periodístico—que por malo que resulte no lo será tanto como el que usan los astrónomos de Madrid en esta Primavera tornadiza.

Y como tratábamos de “elogios” continuaremos con el señor Moya, que entre los directores de la prensa madrileña representa “la habilidad,” como representa Figuerola la castiza elegancia; Mellado el buen sentido; Gasset el impulso; Luque la independencia; Vicenti la constancia; Sepúlveda el donaire; y Alejandro Leroux el valor. Y puesto que Moya aborda las cuestiones políticas más arduas *sin comprometerse*, hay que darle el título de hábil.

No se sabe que posea dotes recomendables de escritor opulento á lo Burrell, con osadía en las imágenes, grandilocuencia en la expresión y sonoridad en las cláusulas; pero alma de sus artículos es, á no dudar, la fluidez que en ellos siempre se refleja. Agréguese á esta cualidad de periodista, la cualidad de *diarista* copioso y con buena voluntad para el trabajo á todas horas—virtud que escasea en las redacciones—y tendremos á un director de indiscutible competencia. Pero de esa competencia nadie habla ó hablan de ella con desdén muchos de los que luégo van á rogarle al desdeñado la publicación de sus *Revistas Cómicas* y sobre todo el *Võ Bõ* para el consiguiente recibo.

Lo cual me hace pensar que Moya es más

bueno de lo que en realidad debiera ser. Bueno y sencillo con una sencillez rayana en humildad que se presta á muchos títulos, porque ese hombre es diputado y no bulle; es director de un diario importante y *no suena*; es amigo íntimo de personajes de campanillas y *no gasta cruces ni cintajos*; y no hay que darle vueltas, en este vanidoso mundo para valer algo hay que bullir y *sonar* y deslumbrar á los tontos—(que son los que abundan)—con las bandas “tornasoladas” y las “insignias de colores.” Yo creo que Moya ni siquiera tiene la cruz de Portugal que le dieron á López Ballestero. Pero métase usted en averiguaciones en la redacción de *El Liberal*:

—¿El señor *de* Moya?

—Ha salido.

(Al día siguiente.)

—¿Se puede ver al señor Moya?

—No señor, *está sudando tinta*.

Acaba usted por mandar al infierno al señor Moya.

## IX

La mejor semblanza de Eusebio Blasco no la trazó una pluma maestra, sino un maestro zapatero.

Blasco, según cuentan, necesitaba á prisa y corriendo un par de botas y envió á la zapatería

con orden de que se las hicieran "lo más pronto posible."

—Lo más pronto posible, eh!—exclamó el ingenuo industrial—Dígale usted á Don Eusebio que si él cree que coser unas botas es lo mismo que hacer una comedia.

Esta inconsciente, pero admirable contestación, dio lugar á muchas frases y á no pocos juicios cariñosos sobre el autor de *El Pañuelo Blanco*, porque nunca, tratándose de Blasco escogió la ignorancia formas más sencillas. La asombrosa facilidad de ese escritor no tiene ejemplar en la literatura española contemporánea; y esa facilidad constituye toda su fuerza. Y digo que constituye toda su fuerza, porque no pertenece á la raza de los *escritores socorridos*, á los que viven citando y pidiendo prestado á los demás autores frases y párrafos enteros ó zarandeando los párrafos y las frases del francés.

Cuentos, narraciones, artículos, poesías, comedias, dramas, todo lo aborda él y en todos los asuntos es feliz; ingenioso, delicado, original, fluido y abundante, como un manantial—harto bien comparado el manantial.—De tal modo es natural el estilo de Blasco que leyéndole parece que se le oye hablar: escribe cien cuartillas sin tachar una palabra, porque "la tachadura, ha dicho Cavia, la corrección y el retoque son para Blasco pecados de lesa personalidad artística."

Un día *se cansó* de España, recogió los bártulos y se fué á París, con las muy nobles pretensiones de ganarse con la pluma el vil sustento. Decididamente aquel hombre estaba loco, pues entrar en París llevando por capital una pluma es lo mismo que entrar de conquistador en Alemania llevando por arma un corta-papel. Y pasaron los días—como dicen en las novelas—y nada, y el sujeto allí, firme que te firme, hasta que apareció de súbito en la redacción de *El Figaro*, triunfante, no se sabe cómo: ello es que Blasco pertenecía á la redacción, con sueldo fijo.

Y ese es el hombre, sencillamente, un caso raro y asombroso del periodismo español.

Cuando viene á Madrid se hace un lío de *patrioterías* y dice que *todo* es suyo y habla de *sus* chulas, de *su* sol, de *su* luna, de *sus* toros y de *sus* soldados: lo mismo que Guillermo II cuando se refiere á *su* ciudad de Berlín. Y ¿creen ustedes que estos furores patrióticos le duran mucho? A lo mejor se enfada ó se levanta de mal humor y dice lo contrario, ó lo escribe con la mayor frescura, como lo hizo, sin atenuaciones de ningún género á raíz del fracaso de Galdós: entonces puso de oro y azul á todos los españoles y dijo á *voces* que aquí no existía el respeto; que se arrodillan al pasar el Viático y luego blasfeman; que adoran á las mujeres y le dirigen vocablos soeces y que esto andaba perdido y que si *patatín y patatán* . . .



De aquella indignación estemporánea se rieron muchos, porque ya se sabe, á Blasco hay que tomarlo como se presenta, á la francota, con todos sus defectos, así oiga uno hablar de él barbaridades en la mesa del café, porque ¡cuidado que allí lo despellejan! Cuando menos se espera viene un periódico llamándolo *sin vergüenza* con todas sus letras y él contesta con algún artículo hermosísimo y lleno de chistes que deja tamañito al mismo que lo insulta.

Dos ó tres semanas después del estreno de su drama *Juan León*—que estuvo á punto de ser rechazado por el público—lo encontré en un pasillo del Teatro de la Comedia:

—Y ahora ¿qué hace usted Don Eusebio?—le pregunté.

—Ahora voy á escribir mi prólogo.

—El prólogo de *Juan León*?

—Claro está: ¡no sabe usted que es de moda entre *eminencias*, protestar cuando á uno lo silban? Y efectivamente, á los pocos días, apareció en un periódico de gran circulación el famoso *Prólogo*. Lo mejor que se ha publicado en todo lo que va de año.

En *la actualidad* escribe mucho, á diario y unas veces son tan malos los artículos que parecen escritos por un académico y otras resultan brillantes y de una sola vez; porque eso sí, en acertando, á Blasco no hay quien le ponga el pie delante.

## X

*Esto ya no es envidia*—gritaba una noche en el Ateneo el famosísimo Correa, indignado contra un conferenciante que había puesto á Colón, como digan dueñas.

—Y qué es Correa?—le preguntó uno.

—*Esto es el alcaloide de la envidia.*

Y José Zahonero que viene á ser como si dijéramos, el heredero de aquel satírico insigne, terminaba en el mismo sitio una polémica con las siguientes palabras.

—Aquí somos escritores mientras no los haya.

Con aquella frase y con esta figura que en actitud desdeñosa ha trazado el admirable lápiz de Pons, no necesita el avisado lector de más añadiduras. Pero falta conocer al hombre, al tipo: un tipo delicioso se entiende, que viste á capricho, sin importarle un comino la crítica del mundo.

A veces entra en la Cervecería de un modo atroz, con un sombrero calañés de alas anchas y una capa verde que es la tía Javiera de las capas de Madrid, con cuello de pieles, cordones negros y forros especialísimos. Cuando llueve, la indumentaria de Zahonero es de otra especie: un impermeable de color indefinido, una boina azul y unas botas misteriosas que parecen sustraídas de un Museo de antigüedades. Y su

entrada es siempre un acontecimiento; no saluda á nadie, ni se sienta; pero interrumpe la



conversación con una de sus infinitas sentencias ó deja al que le habla con la palabra en la boca, para dirigirse á un grupo del otro extremo. Y vuelve luégo, quejándose del «maldito» periodismo que apenas si le da para vivir con su numerosa familia en un tercer piso de la calle de santa Catalina—que ya es vivir.

Constantemente amargado, el escéptico Zahonero ya no habla, se lamenta con epigramas.

En verano desaparece de Madrid sin decir «adiós.» Y Zahonero? —pregunta uno en los lugares donde él arma sus tertulias.—¿Se ha muerto Zahonero? Nadie responde, nadie

sabe donde se ha metido. Pero también sin anunciarse reaparece «muy señorito,» ó hablando en buen castellano, muy bien vestido, con el sombrero de copa flamante y las botas de charol lustrosas, como si las untara de goma.

Aquella ausencia la aprovechó de fijo escribiendo cuentos y arreglando artículos; esos artículos y cuentos suyos extrañamente simpáticos que caen á temporadas en las mesas de las redacciones, á donde no va nunca si no tiene que cobrar. Y cuando cobra se entusiasma y ofrece dar unas conferencias sensacionales, en las cuales conferencias va á probar que *estamos muy atrasados*, lo mismo en España que en América; y que ambos pueblos merecen ser conquistados por el Africa.

Si estas cosas las dijera en voz baja, menos mal; pero adviértale usted que oyen personas extrañas y es peor: entonces gesticula y grita como un desaforado y cualquiera creería que se va á comer al contrincante.

—Pero qué bárbaro—le decía en cierta ocasión á un celebrado poeta.—Pero qué bárbaro es usted.

—Por qué, vamos á ver, por qué?—preguntaba el «insultado.»

—Porque dice usted que va á emprender en un romance la crítica de *Peñas Arriba*, la última novela de Pereda. Y eso es, sencillamen-

te, una barbaridad que sólo puede caber en la cabeza de usted.

Para soltarle una «fresca» al más empingorotado personaje no tiene él pepitas en la lengua. Y á él se le señala como autor de una frase que corre con visos de epigrama «anonadante» entre los enemigos de una famosa escritora. Expresábase ésta, según cuentan, con alguna vehemencia respecto de la dramática española y se le ocurrió decir, entre otras cosas que, «ella pasaba todo, menos *La loca de la casa*.» A lo que respondió Zahonero con su acostumbrada osadía. No puede usted pasar *La loca de la casa* y la pasamos á usted que es *la loca de la nación!*

Porque eso sí, á él, á Zahonero, que no le hablen mal de Galdós. Es capaz de matarse con Dios por don Benito. Ah! si él se hubiera encontrado en Madrid cuando el estreno de *Los Condenados*, la comedia triunfa..... á pesar de *los reventadores*. Vaya que si triunfa!

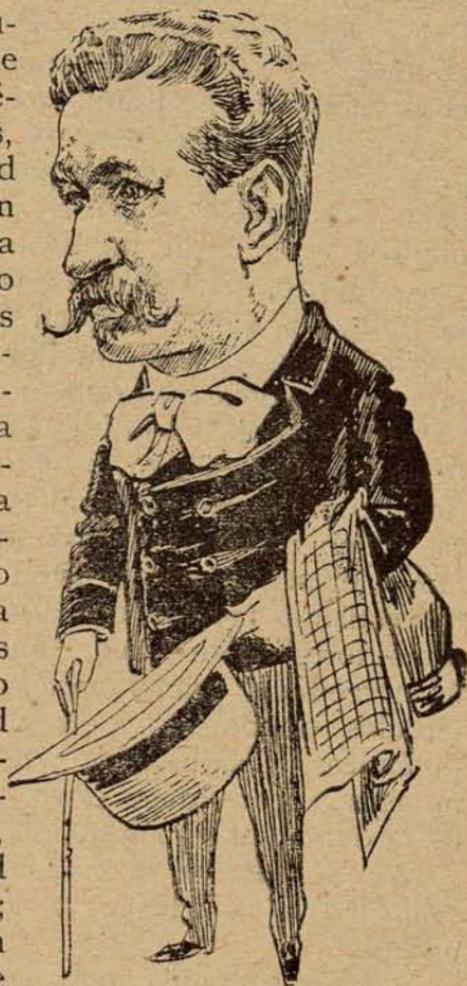
Yo he conocido idolatrías de todas clases; pero idolatría más sincera que la de ese hombre por el autor de *Realidad*, ninguna.

## XI

Para D. Jacinto Octavio Picón.

¿Se puede don Jacinto?..... es decir, se permite á un croniste de la calle pisar con sus botas gruesas de «andariega» los alfombrados

salones de su palacio? Dijéronme que la convención de sus escritos reflejaba en todas sus más hermosas manifestaciones la suprema elegancia de su hogar; y dijéronme, además, que escribía usted á semejanza de un célebre moralista francés: trajeado con lo mejor y más flamante de su indumentaria, antojándosele que ella influía en la nobleza y cultura de la producción literaria. Y no anduvo muy lejos de la verdad quien tales cosas me dijo. Lo encontré á usted en su lujoso gabinete de trabajo hecha ya la *toilette*, en grave intimidad con las cuartillas; en medio de un orden admirable



y rodeado de muelles divanes, de estatuas alé-  
góricas, de pinturas exquisitas y de una variada  
colección de bronce y japerías.

En aquel instante se me representó usted  
al atildado Paul Bourget, trabajando en el capri-  
choso despacho de Edmundo Goncourt.

Aunque extremó usted su amabilidad conmi-  
go, fue breve mi visita; pero no tanto que al  
bajar por aquella soberbia escalera de mármol  
olvidase el símil que me hicieron entre su hogar  
y sus escritos: salí *profundamente convencido* de  
la influencia que ejercía en sus impecables tra-  
bajos literarios la encantadora manera de vivir  
en ese nido de artista refinado.

Yo pretendía hacer de usted un «rápido es-  
bozo» lo más digno posible de su persona y  
de sus obras; pretendía, al ejercer de panegiris-  
ta, en un par de cuartillas, amenizar *la instan-  
tánea* presentándolo á usted, joven, pulcro y  
correctísimo modelo de caballeros; quitado de  
estas tertulias del café, donde la honra está  
á merced del primer *quidan* y alejado de los  
círculos donde se va el tiempo en estériles  
polémicas. También pretendía hablar de sus  
novelas y consignar, claro, que *El Enemigo*  
es, la de mayor y más subido mérito á mi juicio:  
*Dulce y Sabrosa* la más encantadora y *La*  
*Honrada* la más bella, la que tiene vida más  
intensa.

Motivos sobrados para elogios, sin despilfa-

rrros ni exageraciones de mal gusto, ofrecíanme las áureas vestiduras de su prosa elegante; su claro y luminoso entendimiento, cuando juzga las producciones ajenas; la hidalga aptitud en las polémicas reñidas siempre en buena lid; y sobre todo eso, su fraseología inagotable, su bizarría de ideas y sus delicadas labores de observación, que le señalan un puésto distinguidísimo entre los primeros psicólogos de España. Pero ya usted lo ve, esos estudios huelgan ó pecan de atrevidos en tan estrechísimas páginas. Además, usted y sus obras piden artículos bien pensados y mejor escritos, comenzando por los protagonistas de sus novelas que son hombres de carne y hueso ó hembras con alma que viven la vida de la realidad; y por otra parte hay que dirigirse á usted hecho un *dandy*, de frac y camisa muy blanca y muy lustrosa, en buen papel, con buena tinta y buena pluma; yo tengo que empezar por decirle como aquel célebre administrador que le escribía á su jefe :

*Perdone V. E. si á causa del calor que hace en este pueblo, le escribo la presente en mangas de camisa.*

O lo que es lo mismo.

Perdone usted que no termine su semblanza, pues olvidando á quien me dirigía empecé el trabajo indecorosamente en zapatillas, con pluma de acero y en un puñado de viles cuartillas de papel de imprenta..... Pero sepa usted, que

cuando pase lista á sus admiradores y amigos habrá uno en la fila, uno que con voz entera, clara y bien timbrada contestará al punto, sin vacilaciones.

—Presente, don Jacinto.

## XII

Los versos de Sinesio Delgado no los añado yo, como *Fray Candil*, á la cuenta de sus pecados.

El primero y mayor de los pecados que tiene encima el director del *Madrid Cómico* es haber nacido «feo.» (Y en esto soy yo *una autoridad*: tengo una cara que no me la merezco, aunque no tan triste como la de Sinesio.)

Hay feos alegres y feos lúgubres.

Sinesio *el Delgado*, como lo llama Vital Aza por boca de un poeta chirle de *La Rebotica*, pertenece á los últimos feos, porque además es flaco, desaliñado en el vestir y poco cuidadoso de tenacillas y perfumerías.

Pero todas estas malas cualidades desaparecen bajo la indiscutible cualidad de poeta originalísimo y de la no menos apreciable de administrador milagroso.

Del numen regocijado de ese hombre brota de igual modo una Revista Cómica que «un recibo;» y pongo en primer término la Revista

porque en España es más fácil producir unos versos que gusten, que un recibo que se pague. Para alcanzar tan buenos resultados y con tanta frecuencia no sé cómo se las arregla Sinesio Delgado: probablemente pasa «el recibo» á los suscritores en verso libre.



Madrid Cómico

Diríase que Delgado ha descubierto ó inventado la máquina de «poesías» ligeras y exquisitas; porque producir, produce cualquiera. Lo que se pide á los poetas fecundos no son versos á lo que salga; son versos delicados ó vibrantes; armoniosos ó valientes; fáciles ó robustos, pero *buenos*; . . . y en cada composición una idea . . .

Esos poetas-raudales con sus tiradas de consonantes, serán todo *lo fáciles* que ustedes quieran; pero á mí no me acaban de convencer. Prefiero «menos facundia,» menos versos, y claro, menos consonantes y más poesía, como la de *Almendras Amargas*, v. gr., el último libro de Sinesio; un libro de los que entran pocos en libra.

El señor Delgado es autor de varias zarzuelas en un acto; unas muy malas, y otras que hacen una temporada «sustanciosa,» como *La Baraja Francesa*.

Escribe á todas horas y escribe, como antes he dicho, bien.

Ha hecho que el *Madrid Cómico* sea necesario en toda España un día de la semana: el sábado; pero el sábado, después de todo, es para él día aciago, el día de los colaboradores gratuitos que lo abruman con originales y exigencias de publicación á toda costa.

Y como hoy es sábado, para que no me con-

funda, aquí termino su semblanza, no vaya él á figurarse que pretendo enviarle versos.

Yo no soy sospechoso.

### XIII

Entre los cafés más concurridos del Barrio Latino—escribía yo en cierta ocasión—se encuentra el café Stembach, donde la gente joven come por lo general en compañía, al aire libre, bajo los toldos que apaciguan el bochorno de las tardes de verano.

Paseándome un día por aquella inolvidable acera que conduce á D'Hearcourt, fijándome en los grupos de estudiantes y en las muchachas alegres que llenan de perfumes y de risas todo aquel bullicioso boulevard, «chocóme» la presencia de un joven á quien la ancha corbata á medio hacer, la camisa flotante y el resto del traje «desenfadado,» le daban aspecto de artista parisiense y de bandido italiano.

Desde aquella tarde, la casualidad me lo puso siempre al paso: todos los días en el mismo sitio y á la misma hora veía yo á «mi hombre.»

Una noche, no recuerdo quién me llamó para presentármelo:

—Don Ricardo Fuentes, periodista español.

Creo que me turbé, no sé; no supe cómo empezar la conversación y luégo me entró



desesperante gana de reír . . . Aquel joven á quien mi fantasía vistió con traje de artista y de bandido, era sencillamente un periodista, un compañero que hablaba mi mismo idioma. A poco de «presentados» comenzamos una charla amena sobre literatura; brotaron de nuestros labios nombres ilustres . . . ¡ y qué sé yo ! una racha de citas, de recuerdos y de placenteras digresiones en un minuto. Cuando nos despedimos éramos *amigos íntimos*.

Fuentes trabajaba por entonces en un gran diccionario enciclopédico de la casa de Garnier y apenas podía robarse unas horas que dedicaba á la correspondencia periodística. Del rudo y brutal trabajo salía con un humor de

mil demonios, maldiciendo al Diccionario, á Garnier, á Zerolo y á todo el mundo que tenía que ver algo con aquella «barbaridad»—como él la llamaba.

—No vuelvo más,—me decía una noche— prefiero arrojar me esta noche al Sena, con la mujer y los hijos.

Al día siguiente recorría yo con ansiedad las columnas de los periódicos, temiendo encontrarme con *la terrible realidad*; y nada: Fuentes no se había arrojado al Sena. Emprendía su tarea por la mañana, la dejaba en la tarde, iba después al café y luégo á las ocho ó las nueve de la noche subía como un mono al imperial de un ómnibus y . . . á *pasear* los grandes boulevares.

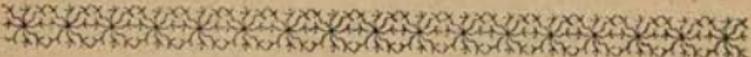
Cuando se presentó en Madrid sin «previo anuncio» lo conocí á respetable distancia, por el traje; (y cuenta que yo soy miope) pero aquel traje de Fuentes que no se sabe si es de verano ó de invierno; aquel sombrero «frégoli» y aquel gabán marrón no se me olvidan nunca.

Fuentes vino á Madrid para ocupar puesto de honor en la redacción de *El País* y allí continúa firme librando campañas formidables: ni el mismo director que goza fama de valiente lo supera en eso de *disparar* artículos audaces contra el fuerte de la monarquía. En diciendo él «á combatir» hay que «apartarlo» como á los muchachos furiosos. Cuando se fundó *La*

*Democracia Social*, (todo un señor periódico que habrá que leer con lentes) el mejor artículo lo escribió Fuentes. Se tituló *Sangre nueva*, levantó gran polvareda y fué, á juicio de los inteligentes, el más enérgico artículo político que se ha publicado en todo el año.

Ahora veo á Fuentes muy tranquilo: de casa á la redacción, y de la redacción al Café Universal á fumar tagarninas del estanco y á contemplar unas chicas muy guapas que se sientan todas las noches en la mesa de enfrente . . . .

---



## RACHA DE EXPOSICIONES

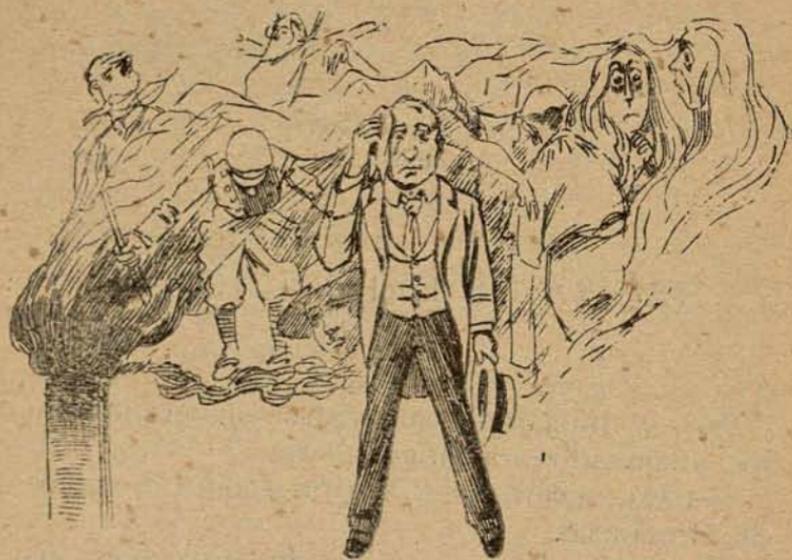
---

No se quejarán los artistas «inspirados» ni los aficionados «fanáticos.....»

—Para *exposiciones* Madriz—como dicen los de Provincias.

Exposiciones de puéstos de agua con sus respectivas camareras en el salón del Prado; exposiciones de muñequerías y antigüallas en Recoletos y exposiciones femeninas de formas opulentas *por mor* de los vaporosos trajes de verano, sin contar con las *ó los* enjambres de niñas casaderas y de pollos serpentinos que se exhiben todo el año en la nunca bien ponderada, desempedrada y estropeada calle de Alcalá.

Pero la mejor y más discutida; la que todavía está dando juego, es la gran Exposición de Pinturas y Esculturas en donde el despilfarro de colores y de mármoles ha sido verdaderamente atroz.



Y no se me diga que este es un grito subversivo, un grito de censura con pretensiones de crítica implacable, porque antes que yo lo demostraron plumas más autorizadas y lo confirmó el jurado repartiendo medallas á diestro y siniestro, sin saber lo que se hacía y aturdido—quizás—por aquel aluvión de cuadros abrumadores. Dígalo *si nó* el *Fuego á bordo*, un trabajo espeluznante en el que las mujeres parecen focas hinchadas y los hombres monos paralíticos.

Si me dijeran que el autor de *Fuego á bordo* se había vuelto loco á raíz de su desbordamiento artístico no me extrañaría.

—Aquello que se ve en el centro del barco—  
¿sabe usted lo que significa?—

—La chimenea—nos contestan.

—¿La chimenea? Pues si parece una de las columnas mingitorias de la Puerta del Sol, echando humo.

—Y aquel «torbellino» de montañas rojas en el fondo, son los Pirineos?

—Las olas, hombre, las olas que están *ar-  
diendo*.....

Claro! como el cuadro todo está que arde y no hay por donde cogerlo. De fijo que por eso lo premiaron.

En cambio el magnífico y vigoroso trabajo de Gonzalo de Bilbao, *La siega en Andalucía*, se echó ó la echaron á un lado y esto viene dando lugar á protestas con banquetes de á veinte reales el cubierto y puros de á dos; discursos castelarinios y escarceos humorísticos en los periódicos, que se enfurecen ó fingen que se enfurecen por la injusticia cometida.

*Hasta aquí* todo iba bien, relativamente; pero ahora no sólo se indignan los Bilbaos sino otros pintores que no llegan á su cultura y han formado un congreso de «ofendidos» para banquetearse y repartirse las menciones honoríficas que, á su juicio, debieran darles.

Y lo que dirá el jurado.

—Ahí me las den todas.

Por otra parte—agrega el jurado—esos «genios» prematuros pueden consolarse recordando que hubo un tal Velázquez que no alcanzó las zarandajas que ahora se usan y sin embargo pintaba maravillosamente.

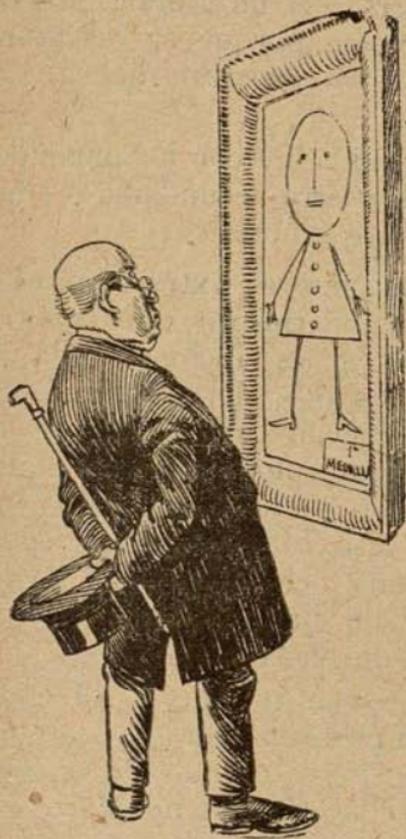
Los «amedallos,» por de pronto, andan por esas calles dándose pisto de Murillo en ciernes.



—Quién es ese duque con melena ensortijada, sombrero «frégoli» y flotante camisa caprichosa?—preguntan los transeúntes.

—No es un duque—contestan —es «una segunda medalla» que se exhibe.

Los «inaguantables» son los de «la nueva escuela,» los de la escuela independiente sin semejanza. Los dibujos de estos caballeros me



recuerdan mis buenos tiempos de chico cuando con el lápiz de dos colores ponía yo de rojo y azul en las cubiertas de los libros. Con un rápido movimiento del compás resultaba una limpia y hermosísima estera: la cara; en el centro dos puntos: los ojos; una raya á regla, la nariz y dos horizontales la boca; luégo un triángulo el busto y por último las piernas: correctísimas, también á regla limpia.

Pues *eso*; eso sobre poco más ó menos hacen los dibujantes de esta escuela *desconocida*. Y cuando pintan es el delirio de los colores: el mar amarillo, el cielo verde y la tierra azul.

Instrumentistas en pintura como si dijéramos.

Y no hay quien les haga creer que todo eso, aunque llevara la firma de un Bonnat infunde pensamientos pavorosos; porque si la Naturaleza fuese como ellos *la inventan* habría que salir huyendo.

Diríase que la humanidad, y con la humanidad el cielo, el mar y la tierra fecundada les han hecho algún daño á esos señores.

De bracete con los pintores extravagantes se presentan hoy «los modernistas» que antes de servir al arte sirven á las aficiones «fin de siglo» ofreciendo á los ojos del público asombrado escenas que mueven á risa. Quieren ser naturales y suelen ser ridículos; y cuando pintan al desnudo exageran las curvas gloriosas de una virgen, pongo por caso, ó dislocan las redondeces fugitivas de una beldad, dándole á cada garganta y á cada talle formas de globo aerostático ó dimensiones de plaza de toros.

Y pare usted de contar porque la tal exposición es un desbarajuste mayor que aquella otra que nos ofrecieron el año pasado en París los «independientes» del Campo de Marte. Si aquella fue horrible esta ha sido espantosa—con excepción hecha de una docena de cuadros buenos (no se niega) pero que no son cosa del otro jueves.



## CHISMES

---

Cuando ustedes *oigan* á un español cantando las delicias del Estío: las arboledas umbrosas, los jardines espléndidos, los frescos terrazgos de los alrededores de Madrid; los violáceos bosquecillos donde el aire perfumado se respira con ansia; los arroyos que cruzan temblando sobre lechos de arenas de «oro;» las aves «parleras» que pueblan de gorjeos la campiña; el cielo azul-pálido, convidando á soñar y el sol enviando á la tierra sus vibrantes manojos de luz..... Cuando ustedes «oigan» todas esas majaderías líricas, aunque el cantor se llame Salvador Rueda, pueden mandarlo á paseo bajo mi responsabilidad.....

Aquí no hay tales delicias en Estío, ó en Verano, ó como quieran llamar á la precoz estación que se anticipa en junio. Esto es una atrocidad de calor *bravo*, muchísimo más

intenso que el de la Habana (y me quedo corto;) hay una polvareda constante que asfixia: la carrera de San Jerónimo no es una calle, sino una carretera indecente por donde es preciso atravesar en zancos; y en la Puerta del Sol se parten las piedras, se agrietan los edificios y se derrite media humanidad.

Vivir en Madrid en verano es vivir en el infierno.

A las cinco de la mañana sale uno más que á prisa de entre las sábanas porque la cama es un horno; entra usted al baño y el agua está poco menos que hirviendo; se abren los balcones y sopla aire..... caliente; el trabajo es casi imposible porque las cuartillas se deshacen debajo de las manos; el mango de la pluma suda, y sudan las paredes y los muebles, y la silla en que está uno sentado se retuerce y vibra como presa de las llamas de un incendio.

Ayer, precisamente salí yo de casa, medio loco, sin chaleco, con la camisa desabrochada y el sombrero en la mano agitándolo á guisa de abanico y al desembocar en la calle de Fuencarral me encuentro con Vital Aza.

—Hola!, hola!—me dice—¿hace calor?..... Parece que estamos en América.

—Sí—le contesté yo bufando—como en

América. Ya quisieran ustedes ahora la eterna primavera americana. Mañana me voy aunque sea á China.

Sólo por las tardes, allá á las seis, cuando este sol de fuego empieza á declinar, «los de arriba» nos envían una limosna de aire tibio que respiramos todos, abriendo las bocas y las narices desmesuradamente.

Pero se ve por ahí cada boca abierta y cada nariz hinchada. Señores, ¡qué narices y qué bocas!



En el testamento que deja Ruiz Zorrilla hay una nota curiosísima: la nota referente á su petaca de oro repujado.

Esta petaca la heredó don Manuel del célebre Olózaga quien le daba con ella más que una prueba de afecto personal «una muestra de confianza del partido.» Ahora Ruiz Zorrilla siguiendo el ejemplo del gran patricio la cedió al famoso Dr. Esquerdo, á quien juzgara el hombre de más mérito, al más digno de tomar posesión de aquella prenda, *símbolo de la jefatura y del Gobierno.*

Pero el Dr. Esquerdo no contaba con la huéspedada y aquí la huéspedada era el señor Muro que pretende reunir los títulos sufi-

cientes para ser dueño de la zarandeada petaca.

Unos dicen que Muro y otros que el Dr. Esquerdo es quien debe tomarla.

El señor Cánovas, que no está contento si no mete la cucharada en todos los asuntos, amenaza á los reñidores petaqueros con quitarles *el símbolo*.

Y don Práxedes Sagasta, el de la sonrisa mefistofélica ve de reojo el lío que se está armando, se rasca la barba y dice para su gorro, sayo y capote:—Aquí va á haber bronca y gorda. Pero á río revuelto..... la Presidencia del Consejo de Ministros.

\* \* \*

«Triguito».....

Ustedes no saben quién es Triguito. De fijo, no lo saben; pero yo voy á presentarlo á ustedes por medio de un rasgo que lo pinta de cuerpo entero.

Triguito es un «flamenco» que el año pasado vino á *Madriz*, desde Málaga, con las muy buenas intenciones de ser émulo del Guerra. Pero en la torería hay también *envidias* y *preferencias*—como él dice—y á Triguito no le dieron la alternativa; pero *fué* y se casó con una gitanilla de las que quitan *el sentío*, y al día siguiente de la boda decidió

pasar la luna de miel en el campo; y apenas empezó la alegre merienda de los novios, apareció, á no muy honesta distancia un be-rrendo en negro, de ocho años, con su par de alfileres muy puestos y conociendo á Triguito en el empaque, se le echó encima para darle juego; pero el arrojadísimo torero pensó que una cosa era en el campo y otra en la plaza y tomó por asalto un árbol que braceó en un decir «amén,» mientras la novia era alcanzada y volteada por el cornúpeto.

Ella gritaba pidiendo socorro, y en medio de sus angustias se le oía exclamar:

—Triguito de mi alma! ven, bájate del árbol! *Mía* que matan á tu esposa..... *Mía* que el toro!.....

—Pues *chica*—contestó el otro de arriba—arréglate como *pueas*. A mí no me han *dao entovía* la alternativa. Anda y dícelo al Guerrita..... que me de la alternativa y entonces..... será otra cosa.

\* \* \*

A propósito del Guerra.

Madrid entero desfiló ayer entusiasmado por frente á Fornos, donde los amigos del diestro insigne le dieron un banquete por haberse *diznado* visitarnos.

Esta honra no quiso el Guerrita «dispensárnosla» en toda la temporada y viene á decirnos, además, que ha ganado en provincias, y en dos meses, 50.000 duros, y que ganará otros cincuenta mil en el mes que falta de toreo y *juerga*.....

Aseguran los cronistas que antes del champagne el califa cordobés abrió la boca y de la boca bendita brotó esta frase sublime:

— *Redioz y que calor torino er de los Madriles!*

\* \* \*

Ha más de un mes que se suicidó en esta nunca bien ponderada villa y corte Enrique Maldonado, un joven literato á quien rechazaron sus artículos todos los periódicos. Ese muchacho llegó aquí como *Paolo*, buscando gloria; y con su rollo de originales debajo del brazo fue de redacción en redacción sin encontrar una mano protectora que lo ayudase á subir esta hermosa escala con que sueñan los románticos. Cansado de desaires, desengañado y triste, tuvo el infeliz un mal cuarto de hora, se asomó al balcón y un segundo después se arrojó desde aquella altura estrellándose el cráneo contra las lozas de la acera.

Registrados los papeles del muerto vienen

á enterarse los periódicos de lo que valía ENRIQUE MALDONADO. Artículos soberbios, escritos en buen castellano, con ideas nuevas, con estilo luminoso; versos originalísimos; un drama en tres actos y el esbozo de una novela que por las tendencias ó por el tema que pretendía desarrollar, hubiera acaso figurado entre las primeras novelas españolas..... Todo eso produjo Maldonado, ese mismo Maldonado que fué de puerta en puerta buscando una protección que le negaron;..... y todo eso vienen á apreciarlo ahora los que le rechazaban.

¡En cambio hay cada *congrio* por ahí llenando las columnas de los diarios!.....

\*.\*.\*

Es propietario, rico, vive en grande, tiene coches de lujo, caballos de carrera, una quinta preciosa para retirarse á veranear, criados con librea y mesa abundante para sus amigos.

Se llama ó lo llaman don José Soler y Moltó; viste como un Brummd y gasta como un Moruz; pero es un ladrón, un miserable ladrón, un carterista empedernido, un ratero descubierto por la policía secreta de Madrid.

El último robo, en el que lo pillaron, lo hizo en la estación de Aranjuez. *La víctima*

se acercó al despacho de billetes; don José se acercó también y mientras el primero pagaba, el segundo sustraía la cartera..... Don José se separó del despacho fumándose un habano tranquilamente; pero tranquilamente el jefe de la policía lo siguió, lo invitó á entrar en su propia carroza, y le dijo, ofreciéndole una cerilla.

—Don José, vamos á dar un paseo.

—¿ Por donde?.....

—Por la Cárcel Modelo, don José.

En esta forma ha ingresado en la prevención esa personalidad «saliente»..... á quien los hombres honrados saludaban sombrero en mano cuando él iba por esas calles salpicándoles con el barro que levantaba el trote de sus caballos.

Y lo que dice la gente:

—Si no se puede uno fiar de nadie: ni de los propietarios.



## MESA REVUELTA

### LAS HAZAÑAS DE LEBAUDY

Al joven millonario Max-Lebaudy le llaman en París *le petit sucrière* (el azucarerito) y no precisamente porque tenga algo de dulce, sino porque tiene dinero y como el dinero se lo gasta en el *Café-Anglais*, en el *Moulin Rouge* y en todos esos puntos donde se reúne la gente derrochadora y alegre de París, Max-Lebaudy es agasajado, mimado, acariciado y *amado* (?) por las más renombradas *demi-mondaines*. Le conocí una tarde en los grandes boulevares. Es un tipo que viste con buenas telas en los colores que á él le da la gana. Es joven, un poco rubio y algo feo.....

—Quien es ese?—le pregunté á un periodista español que paseaba conmigo.

—Ese? Max-Lebaudy.

—Ah! *le petit sucrière*.

—El mismo: la anda diciendo á voces: ¿no ve usted que entra en aquella «victoria» donde hay tres mujeres?

En efecto: la victoria contenía tres mujeres de trajes llamativos y descomunales sombreros que se refan (las mujeres, se entiende) viendo al muchacho que venía disparado á obsequiarlas con unos paquetes de dulces. Cuando entró al coche se le vio desaparecer entre un torbellino de faldas de seda.....

Esa es su vida: vida de escenarios, de *cocottes*, de bailes cancanescos y de *juergas* á la parisiense, á cuyo estruendo sólo le falta para ser completa el *cante jondo*, la guitarra y el Jerez.

El *flamenguismo* también le tira á Mr. Lebaudy y de él se cuentan hazañas de *sportival torería*, como la que sigue:

Un día Max fue á parar á Bayonne donde toreaba el Guerra con toda esa elegancia y maestría que ningún torero posee hoy en España; y claro, se le subió la tauromaquia á la cabeza. Como en París hace muchos años que echaron abajo la plaza y no se permiten corridas, el muchacho millonario decidió fabricar un circo para *su uso* particular y lo levantó á despecho de las autoridades en una de sus posesiones denominada Mai-son-Lafite.

Terminado de un todo y en pocos días el edificio, (así quedaría) contrató al Guerrita, ó mejor dicho, le propuso contrata para la inaugu-

ración; pero el rey, «el Califa,» se negó y entonces Max no tuvo más remedio que conformarse con «espadas» de tercer orden y toros de deshecho.

La corrida fué *fatal* como ustedes pueden figurarse: hubo *hule* de lo lindo; varas ignominiosas; banderillas en sitios contrarios; estocadas humillantes y cogidas de toreros por donde huelga nombrar. Presidió esta célebre fiesta Max-Lebaudy vestido de majo andaluz (!) y para final, obsequió á «la concurrencia,» (en su mayoría de señoras) con un *lunch* donde hubo brindis en honor de la gente de *cercunstancias* que como *le petit sucrière*, sabe gastarse los cuartos con *cabayeros* de chaquetilla y sombrero cordobés.

De esta famosa corrida de becerros se ocupó extensamente la prensa (y contando en la prensa á Aurelien Scholl que es medio torero).

Sólo porque se trataba de un chico millonario y cursi á todas horas.

\* \* \*

#### COSAS DE RODRIGUEZ CORREA

Cuando murió el ingenioso escritor Rodríguez Correa los periódicos de Madrid haciendo honor á las genialidades del celebrado autor de *Rosas*

y *Perros* dedicaron sendas columnas á sus más notables *ocurrencias*, á esas *ocurrencias* que andan todavía sueltas en la memoria de todos y que á veces sirven de solaz en las tertulias literarias.

Rodríguez Correa como Fernández y González tenía *cosas* y entre estas hay algunas que me permito recoger de la prensa de aquellos días, porque bien merecen reproducirse ahora que vivimos en medio de un desbarajuste epigramático que da grima.

Cuentan que cierto día Correa se encontró en situación desesperante—cosa muy común entre gente que vive de la pluma—y le pidió á un conocido banquero amigo suyo, y en una reunión de literatos, la suma de 1.000 pesetas.

El ricacho, muy contrariado por la petición, se excusó con los malos negocios, etc., y entonces Correa, insistiendo, le dice:

—Pero, es verdad que me niega usted el dinero?

—Sí, se lo niego, Correa.

—Entonces, querido, usted me ha estafado.

—Qué ha dicho usted?

—Si señor—replicó el poeta imperturbable—usted no es político, no es aristócrata, no es literato; el único título que tenía usted á la consideración de los escritores era de rico y ahora resulta que no tiene usted dinero.....  
Lo dicho: nos ha estafado usted.....

En otra ocasión, Correa que era muy vehemente, llamó borracho, en un escrito, á un caballero que no bebía.

—Qué atrocidad! Ramón—le dijo Becquer—ese señor no bebe. Rectifica.

—Rectificar yo, Rodríguez Correa? De ningún modo. Que rectifique él; sí, que rectifique emborrachándose.

Pero lo mejor de ese hombre es lo que menos le han aplaudido: lo mejor de él fue su decidida protección al poeta Becquer. A Correa, sólo á Correa se le debe la publicación de las obras del cantor de las *Rimas*.

\* \* \*

#### COMBATE SIN SANGRE

---

El sangriento espectáculo se anunció en los puntos más céntricos de la coronada villa por medio de grandes y pintarreados cartelones, en los cuales aparecía «el monarca de las fieras» cabalgando sobre el lomo del robusto jarameño, y haciendo en él una horrible carnicería: todo el mundo se sintió indignado frente á este cartel que chorreaba sangre; .....pero todo el indignado mundo madrileño formó cola en el despacho el día del espectáculo; la gente se agolpó en la Puerta del Sol y asaltó los tranvías que

salían atestados y á docenas de sus estaciones; los ómnibus, los rippers, los coches, todo iba lleno, atropellándose por la calle de Alcalá como en los grandes acontecimientos «taurómacos;» las aceras de la calle de Sevilla intransitables; y más de 2.000 personas en las afueras del circo vociferaban porque se agotaron de temprano los billetes.

Con una puntualidad inglesa—suponiendo que los ingleses sean puntuales—colocóse á las tres de la tarde la inmensa jaula del león en los medios de la Plaza, y por un estrecho callejón entró bien armado y decidido el cornúpeto. Apenas vio el rey de las selvas al brioso animal que le acometía, lanzó un espantoso rugido é intentó hacer presa en el cuello; pero su contrario era de los de empuje y se arrancó de veras volteándole á las primeras de cambio. Erizóse de rabia y de dolor el «achuchado,» y cuando intentó abalanzarse nuevamente, el toro lo golpeó cuatro veces consecutivas hasta hacerlo retroceder violentamente. A partir de este instante la lucha fue breve y decisiva; el león empezó á rastrear por la orilla y á hurtar el cuerpo hasta quedar vencido, á pesar de que el toro no tuvo campo para un buen derrote en donde lo habría enganchado de fijo haciéndole luégo molinetes.

Al día siguiente murió el león, de los golpes, nada más; el toro ha pasado á la posteridad;

y el público..... ah! el público muy disgustado porque..... ¿lo digo?..... vaya, pues ahí va: Porque no hubo sangre.....

¿Qué espectáculo puede celebrarse «sin sangre» en esa plaza? Cuando no se pide sangre de caballos se pide sangre de hombres..... Aún me parece oír la voz de aquel *terrible aficionado* de los tendidos, cuando cinco minutos después de espirar el *Espartero* le gritaba al torero *Zocato* que hurtaba el cuerpo:—¡Acércate y házte matar como el otro!

\* \* \*

#### LOS VALIENTES

A propósito de haber escrito un cronista parisiense que un barbero francés había afeitado á un domador de leones entre la misma jaula, un español dirigió la siguiente carta á los periódicos de Madrid:

«Puede usted, señor director, asegurar que yo, barbero de Madrid, que oculto hoy mi nombre porque no se crea que busco un *reclamo* gratuito, estoy dispuesto á afeitar y cortar el pelo á máquina ó tijera á dos hombres dentro de una jaula de leones.

«En cuanto sepa que el barbero francés acepta el reto, diré mi nombre y señas.—*Lamparilla II.*»

Cualquiera diría que con esa carta estaba todo terminado. ¡Quiá! Hay otro español más valiente que el anterior; y para que no crean ustedes que vengo sin pruebas á hacer la afirmación, aquí copio otra carta más original que la primera:

«El infrascrito se compromete, no á cortar el pelo y afeitar á un hombre dentro de una jaula de leones, sino á cortar á uno de estos la melena, siempre que el domador asista al espectáculo.—*Juan Andrés López.*»

Y ahora todo el mundo boca abajo, porque después de una *ronca* semejante, como dicen allá en América, no hay quien tosa.

Esto parece una *portuguesada*, pero es española legítima, que viene á ser lo mismo.

\* \* \*

#### LOS GOLFOS PROCESADOS

---

A las puertas de la audiencia hay un numeroso concurso, en su mayoría de *la gente del bronce*, mujeres despeinadas, hombres de gorra y chiquillos vestidos de harapos. Al entrar aquel tumulto de «seres imposibles» se producen altercados, empujones y gritos; pero llega la guardia civil, y cesa como por encanto la algazara. Cuando toman por asalto la sala,

los jueces y los letrados ocupan sus asientos respectivos en disposición de comenzar la vista.

Los reos se mueven con intranquilidad desusada en el banquillo: son tres muchachos de doce á trece años, tres ejemplares de granujas astrosos: al más pequeño le falta medio calzón, y el resto del traje es de retazos de todo género: al del centro, que es el mayorcito, le sobra media vara de manga de camisa: es rubio, la cabeza semeja un plumero amarillo; y el último, un trigueñito que guiña de cuando en cuando un ojo izquierdo, se lleva una mano á las narices, mientras con la otra se hace un nudo en el extremo de la pretina, que no cuenta un solo botón. Los tres están arrimados uno contra otro, como si de esta suerte consiguieran salvarse del peligro que los amenaza.

Es una causa *de dos pesetas*.

Aquellos tres chicos, que pertenecen á esa raza de desheredados que en España llaman *golfos*, han robado *dos pesetas y veinte y cinco céntimos*. Esos *golfitos* andaban hechos unos *perdis* por los barrios bajos; no conocen madre, padre, nada; no saben lo que es un hogar; duermen donde los coge la noche, en el banco de una plaza, en el quicio de una puerta cochera. Los reunió el azar y un día que tuvieron más hambre que de costumbre, entraron á un «puesto» ambulante y sin que el dueño se aperciese, le robaron dos pesetas y pico

en perros grandes; pero los pillaron en el hurto y ahí los tienen ustedes inquietos, revolcándose en el banquillo y lanzando miradas de asombro al público como preguntándole lo que han de contestar al *tío* del Juez.

—Procesado primero, usted, el mayor, ¿su nombre?

—Pedrín.

—Pedrín..... ¿qué?

—Pedrín..... Solo.

El público que ya se sabrá de memoria lo que allí iba á pasar, empezó á reirse y «la vista» se tornó en sainete. Claro, á quien se le ocurre procesar á tres muchachos que á la hora de las acusaciones empiezan por decir.....

—No *jué* yo, que *jué* este.

—*Miá* qué embuste?..... ¡Si *juiste* tú el que metiste la mano y *aluego te trajiste los riales*.....

Esta causa ha terminado como los últimos estrenos de los teatros: con pateos, gritas, risas y aplausos á granel.

Los *golfos* han sido puestos en libertad. Eso es, para que continúen siendo bandidos.

\* \* \*

#### RAVACHOL EN EL REAL

El rojo y soberbio cortinaje que cubre la entrada principal de la Sala del Real se abrió en dos para dar paso á un hombre de raro

aspecto. ¡Un hombre de capa y sombrero hongo en un sitio donde todo el mundo trajeaba de etiqueta se consideró como un insulto!

Primero hubo unos como murmullos de indignación; luego estallaron algunas risas; pero al final del primer acto se dijo en los pasillos que aquel hombre era un fiero apóstol del anarquismo, y entonces fue que la figura del encapotado creció, y el miedo contagioso de suyo, pasó de los pasillos á las butacas y de las butacas á los palcos, donde se hizo pavor. La concurrencia empezó á salir atropelladamente de la sala y precipitándose por los corredores iba la multitud aterrada, esperando oír de un momento á otro la terrible detonación.

Un señor que venía muy pálido aseguró que le había visto ocultar la bomba debajo de la capa. Las señoras no sabían vestirse el abrigo, y los hombres no acertaban con las mangas del gabán.

Sólo el Gobernador de Madrid, despreciando los «tremendos vaticinios» tuvo el suficiente valor para entrar nuevamente á la sala.

Los pocos que se decidieron á quedarse, atisbaban, desde las cortinillas, el encuentro del Gobernador con el anarquista. Fue un momento de solemne expectación. A nadie le llegaba la camisa al cuerpo.

—¡Ravacholl!!—dicen que gritó la autoridad.  
¡Pero Ravachol ¡qué si quieres! no atendía.

Y entonces «la autoridad,» que no estaba para bromas, se acercó y le puso la potente mano sobre el hombro. (Los reporters no están de acuerdo en eso del hombro: no saben si era el derecho ó el izquierdo). El anarquista dio un salto de *león herido* y, cuando todos esperaban ver al Gobernador pulverizado por la dinamita, se quedaron estupefactos. El monstruo anarquista dialogaba con él, se sonreía y tornaba á sentarse tan tranquilo. ☹

Era un pobre mozo de aseo que quiso celebrar su cumpleaños dándose el gustazo de oír la ópera desde una butaca.

La aristocracia volvió á ocupar sus asientos, y es fama que alguna señorita demostró sus simpatías al fiero encapotado con miradas melancólicas como las de Rojas Paúl.

\* \* \*

#### ZOLA EN ROMA

—

Menuda desazón pensó darle León XIII á Emilio Zolá, cuando este fué á Roma.

Desde que su Santidad supo que el eminente novelista había puesto allí los pies, llamó al Cardenal Rampolla y le dijo:

—Mira, tú, Rampolla, no me dejes pasar á Emilio ni en las audiencias públicas.

—Y quién es Emilio?

—*Un chico* francés que se la pasa escribiendo disparates: ahora acaba de confeccionar una tortilla literaria que llaman *Lourdes*. En cuanto llegue á las puertas del Vaticano me lo arrojas por una ventana.

—Pero si no lo conozco personalmente.

—Es muy fácil: tiene cára de monstruo. En este particular hay opiniones: unos dicen que la tiene de buey cansado, y otros que tiene cára de toro de ocho años. En fin, una cosa rara es el tal Zolá: se come á los angelitos crudos.

Esto de comerse á los angelitos no le gustó mucho al Cardenal Secretario, porque él tiene algunos predilectos, muy rubios, muy pálidos y con tiernas caídas de ojos, como diría Taboada.

Desde aquella hora se puso de guardia el Cardenal, con objeto de inspeccionar á todos los que entraban en el Vaticano; pero Zolá se valió de no sé qué artimañas, en una audiencia pública, se deslizó furtivamente y de una ojeada se trazó el cuadro que figurará en su novela Roma.

—Si estas escenas del Vaticano—dijo luégo el insigne novelista—aparecen con algunos errores, no será culpa mía sino de León XIII que me prohibió terminantemente la entrada. Declaro, pues, que no soy responsable de las inexactitudes que se hallen en mi próximo libro.

*Lo cual* quiere decir que Mr. Zolá se despachará á su gusto en estas descripciones. Y por mí que se despache y que exagere y que arme escándalo, mientras más gordo, mejor.

---



## EL VIUDO

(CUENTO)

Agobiado materialmente por las flores y las coronas, el lujoso carro fúnebre se puso en marcha seguido por numerosa concurrencia. El viudo iba con paso vacilante sosteniéndose en los brazos de sus íntimos, en un absoluto olvido de sí mismo, casi sin darse cuenta de lo que le pasaba. Se sentía la lengua gorda, la garganta seca, los ojos nublados por el llanto. En su gran estupor, en medio de su anonadamiento hubo un instante en que le pareció que no era ella sino él, quien iba dentro del ataúd.

Cuando regresó á su casa fue que la realidad tomó ante él proporciones espantosas : sus dos hijos pequeños, tan pequeños que ignoraban la enormidad de su desgracia, se divertían alegremente, corriendo por toda la casa, riéndose porque se caían y riéndose porque se levantaban á gatas y se volvían á caer sobre la alfombra.

Una oleada de amargura inmensa se le atropelló entonces al corazón y en su desventura se agarraba furiosamente á los recuerdos ; el pasado se le puso delante con toda su poesía y con todas sus ternezas y ella, en plena juventud, ella con su hermosura regia, con su amor regocijante, con su fidelidad y sus caricias, se le incrustaba en la imaginación hasta enloquecerlo. ¡ No..... él no podía vivir más : él debía morir también para acompañarla en su fosa, como ella lo había acompañado en el hogar ; como se lo había jurado una noche después de su boda ; una noche de felicidad delirante en que el amor le llenó de éxtasis la vida con la misma intensidad que ahora el dolor le hacía presa en todo su sér !

Sólo cuando oía á sus dos pequeños huérfanos reírse, con la risa de la inocencia, y pensaba en la suerte que pudiera tocarles y en el riesgo que correrían abandonadas sus dos menudas existencias, se calmaba un poco su desesperación ; porque..... los pobrecitos ¿ á qué hogar ó á qué asilo irían, ni quién cuidaría, mejor que él, con solicitud cariñosa, de sus enfermedades, de su educación y de su desarrollo ? Y en estas fluctuaciones de su espíritu afligido pasó Enrique en un rincón de su gabinete muchas horas, aislado, con la cabeza hundida en el diván y los ojos muy abiertos y la boca contraída por insoluble pena. Toda la noche allí, sin apreciar la

duración del tiempo, llorando en silencio, como lloran los hombres..... pues aquello le hacía mucho bien.

A la mañana siguiente extrañóle encontrarse aún con vida y que ésta tuviese algo que hacer todavía en el mundo donde disfrutó en grata compañía de todas las satisfacciones á que puede aspirar un hombre amado y bien quisto en la sociedad que frecuenta. Ahora abríase frente á su vida un espacio muy negro y empezaba á sentir el miedo solitario y pueril de *los que no esperan ya y aguardan*, de los que viven en expectación de la pena desconocida, llenos de pavor y queriendo huir de la dolorosa convicción de su presente.

## II

Al fin los niños encontraron madre; pero una madre demasiado bulliciosa, demasiado joven, que apenas frisaba en los veinte años; una madre á quien, según su misma familia, no le había brotado aún la muela del juicio. Esto no obstante, todo el mundo tomaba en serio sus caprichos locos y sus extravagancias encantadoras. Aquella vez dio Julia en la flor de ser madre, de *mentirijilla*—como ella decía—y sus padres no se atrevieron á contradecirla. Por otra parte, ella fué condiscípula y amiga íntima de “la difunta,” con quien la unía un cercano

parentesco que le daba derecho para adoptar por suyos á los dos pequeños rubios. Así con la aquiescencia de sus papás y "la conformidad de Enrique, que no sabía cómo entendiérselas para gobernar á las revoltosas criaturas," Julia se las llevó á casa.

Allá se la pasaba los días enteros jugando á las muñecas con ellos, correteando é inventando diabluras para verlos morir de risa ó escondiéndose de súbito para sentirlos llorar y oír que la llamaban anhelante con sus infantiles vocesitas : mamá ! mamaíta ! Ella los vestía, ella los acostaba, se los ponía convenientemente á derecha é izquierda en la cama encontrándose muy feliz en tan adorable situación, esperando que se durmieran ó acechando por la mañana su delicioso despertar entre bostezos : aquel espectáculo de la salida del sueño se le antojaba la radiante salida de los ángeles de un Paraíso. Para ella la primera sonrisa, el primer beso y la primera voz que le sonaba á gorjeo de pájaro que saluda á la naturaleza.

Una hora después no había en aquella casa quien pegara los ojos: todo era entrar y salir y cerrar puertas, charlas atropelladas y risas estrepitosas. A lo mejor estallaban por todas partes ruidos como de combate, explosiones y gritos de espanto: era que caía un mueble ó se rompía un cacharro cualquiera y entonces se presentaba Julia muy enojada y los reñía

fingiendo severidades de madre enérgica; mas apenas notaba en sus caritas el menor gesto de aflicción, se los comía á besos y los hartaba de golosinas haciéndoles antes prometer solemnemente que no repetirían el desastre. En otras ocasiones era ella quien solicitaba el estrépito abrazándolos con efusión y arrollándoselos entre las faldas, rodando todos en montón sobre los sillones, de cuya tierna refriega salía casi desgñada, el rostro encendido y los ojos brillantes de pasión materna. Y en estas crisis maternales era que sentía súbitas sensaciones de placer, necesidad de alegrarse y de sufrir, de amar y sentir mucho: Julia en aquellos instantes era una virginidad inquieta y llena de temblores.

### III

Como Enrique había vencido ya lo más terrible de su dolorosa jornada, volvió á frecuentar los casinos y los paseos, sin dejar por eso de visitar dos ó tres veces por semana á sus pequeños. Junto á ellos renacía aún más su alegría y hasta se disipaban por completo los recuerdos del pasado. En varias ocasiones se quedó á comer, y sentábase al lado de *la madre*, á quien daba bromas por el aspecto severamente cariñoso que adoptaba cuando los reprendía. La verdad era que poco á poco iban surgiendo de la vida

de Julia, algo así como aires, gustos é inclinaciones de madre verdadera; su espíritu cambiábase rápidamente; perdía la viveza del juicio y cuando se le ocurría alguna frase aturdida agregaba en seguida dirigiéndose á Enrique:

—No hagáis caso: esta majadería es de «Julita,» de Julia cuando no era «madre.»

Decididamente aquella muchacha se estaba volviendo «más mujer;» su amplio y orgulloso vestir le modificaba su aspecto de colegiala y aquel andar gallardo y firme que usaba ahora con frecuencia empezó á darle carácter de persona formal.

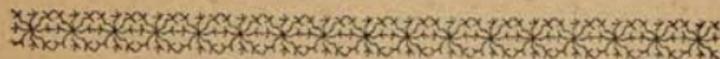
Una noche en que había convidados, para celebrar un cumpleaños, Enrique y Julia se sentaron, como siempre, juntos á la mesa; pero los comensales eran numerosos y hubo que estrechar los sitios, de modo que ellos quedaron muy cerca, tan cerca que el accionar de Julia cuando servía y pasaba un plato á los niños rozaba el cuerpo de Enrique. Como en todo principio de comida, apenas se cruzaban las palabras entre las personas graves; luégo la conversación se fue animando y por último al ruido de los cubiertos y al choque de las copas y los platos y el menudeo de atenciones, los diálogos se hicieron generales y nadie paró mientes sino en la persona que tenía al lado. A Enrique le pareció que las amabilidades de Julia eran aquella noche más asíduas: todo su

rostro estaba lleno de risa: la voz se le alteró al hacerle una simple pregunta y la mirada se le perdió en el vacío y se le prolongó á mundos desconocidos, de donde regresó al fin asombrada y medio aturdida, como si en el vago sueño hubiera oído el batir de las alas del amor.

Enrique también estaba absorto, pero contemplándola á ella, sin fijarse en el ruido de la mesa, donde ya no se comía: se charlaba francamente y se daba libre curso á todas las expansiones, mientras ese soplo cálido que precede á todo fin de banquete flotaba al rededor de las luces y empañaba ligeramente las copas. Julia seguía medio encorvada, con la mirada incierta y un brazo fuera de la mesa. Así, en aquella actitud, con el busto saliente y las líneas del talle marcadas bizarramente por la posición extendida en que se hallaba, Enrique la encontró encantadora, se sintió atraído, se inclinó también un poco y balbuceó unas frases apagadas que no se entendían. Ella se volvió de pronto como despertando de un sueño y al encontrarse con aquel rostro pálido y aquella profunda y anhelante mirada de amor, bajó lentamente los párpados y toda su sangre de virgen le subió del corazón á las mejillas..... La mano que le colgaba sobre su crugiente vestido de seda la tenía él entre las suyas, oprimiéndosela. De los labios de Julia sólo bro-

taron como un murmullo estas palabras:—«Por Dios, Enrique..... me haces daño!»—pero aquella mano no hacía movimiento alguno. Se abandonaba con languidez á la pasión súbita del viudo.





## INSTANTANEAS

(ADVERTENCIA)

Cuando ya estaba en prensa el último pliego de VOLANDERAS llegaron á nuestro poder las semblanzas de los señores D. Julio Burell, D. Emilio Bobadilla (*Fray Candil*), D. Salvador Canals y D. Alejandro Lerroux, las cuales, con sus respectivos retratos fueron enviadas oportunamente por el autor del libro para que figurasen en la serie de *Instantáneas* que se ha publicado.

El retardo en recibir aquellas ha contribuido á interrumpir las páginas que se dedicaron á los dichos trabajos y de ahí que se hallen en su lugar otros de otra índole, tales como crónicas y artículos recibidos antes.

N. DEL E.





## INDICE

	PÁGINA
Prólogo .....	III
MADRILEÑAS.—I Buenos días.—Del problema anarquista.—Campoamor co- ronado. — II Colecciones de sellos.—Los bailes de máscas- ras.—III La boda de D. Carlos de Borbón.—Loreto Prado.— IV Salvador Rueda.—A cuarto y á dos..... la cara de Dios.— V La Cervecería Suiza.—VI Crónica.....	1 á 48
Sevillanas.....	49
Indigestión de tronos.....	59
De París á Madrid.....	69
Los veranos de París.....	77
Un Júpiter tonante embajador.....	81
Primavera de fugas.....	89
La bicicleta y Marte.....	95
Entre chicuelos.....	105

	PÁGINA
Chácharas .....	115
Alrededor de una bofetada.....	125
M. V. Romerogarcía.....	133
La racha de festejos.....	139
En la Academia.....	145
Entre la vida y la muerte.....	151
Heladas.....	155
Castelar orador..... y gastrónomo.....	159
Juergas católicas.....	165
Los mendigos de Madrid.....	171
INSTANTÁNEAS.....	179 á 226
Racha de exposiciones .....	227
Chismes.....	233
MESA REVUELTA.—Las hazañas de Lebaudy.— Cosas de Rodríguez Correa. —Combate sin sangre.—Los valientes.—Los golfos procesa- dos.—Ravachol en el Real.— Zola en Roma.....	241 á 254
El viudo (cuento).....	256
Nota del Editor.....	263





